

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Sabina Dimarco

“Entre el trabajo y la basura: socio-historia de la clasificación de residuos en la Ciudad de Buenos Aires (1870-2005)”.

Tesis del Doctorado en Ciencias Sociales (UBA), Abril 2010

Por Pablo J. Schamber

La tesis doctoral de la socióloga Sabina Dimarco trata de esclarecer desde una perspectiva socio-histórica cómo abordaron los porteños la relación con sus desechos y con los sujetos vinculados a su recuperación. ¿Cuándo y cómo los recolectores de residuos se volvieron objeto de interés/debate/reflexión/intervención?, ¿constituyen la misma figura urbana las veces en que aparecen descriptos como “mendigos”, “delincuentes”, “cirujas” o “recuperadores”?, ¿qué líneas de continuidad y ruptura pueden establecerse entre estas denominaciones?, son algunas de las preguntas que movilizan este estudio, que en definitiva busca esclarecer por qué y de qué modo en determinados momentos la existencia de la clasificación informal de residuos devino un problema de relevancia pública, y cómo fue pensado y abordado.

El límite temporal del estudio incluye las tres últimas décadas del siglo XIX y culmina al cumplirse el primer lustro del XXI. Este largo ciclo es dividido analíticamente en tres momentos: emergencia (entre 1870 y 1910), metamorfosis (entre 1910 y 2001) y mutación (entre 2001 y 2005). La obra se divide en dos partes que reúnen en total siete capítulos. La primera se denomina “Del centro a los márgenes de la cuestión social” y contiene los cuatro primeros. La segunda se titula “De los márgenes al centro de la cuestión social” y comprende los restantes. En cada uno de ellos la autora analiza el modo en que se problematizó tanto la cuestión del trabajo como la de los desechos, porque sostiene la hipótesis de que es revisando estos aspectos como se pueden comprender los modos históricamente cambiantes en que la sociedad concibe y trata a los individuos que se dedican a la recolección y clasificación informal de residuos reciclables. La estructura del planteo se puede graficar del siguiente modo (ver Tabla 1):

Tabla 1

años	1870		1910		2001/2	2005
partes	1º del centro a los márgenes				2º de los márgenes al centro	
capítulos	I	II	III	V	V VI	VII
momentos	<i>emergencia</i>			<i>metamorfosis</i>	<i>transformación</i>	
concepciones	<i>valorativa y patógena</i>			<i>patógena</i>	<i>valorativa, social, ambiental</i>	

Fuente: Elaboración propia

La tesis despliega un exhaustivo relevamiento de fuentes secundarias que incluye documentos públicos, revistas especializadas, versiones taquigráficas de debates legislativos, crónicas de periodistas y viajeros, así como material bibliográfico producido por médicos, higienistas, urbanistas, ingenieros, científicos sociales, tanto del país como del extranjero. Además empleó entrevistas en profundidad a recolectores contemporáneos, funcionarios de gobierno y especialistas.

Su trabajo ofrece una perspectiva distinta y complementaria a la de otros que han recurrido a la historia de la gestión de los residuos en esta geografía como estrategia de análisis sobre la problemática de los cartoneros en el presente (Suárez 1998, 2001, 2016; Schamber 2008). Ella evita la división en etapas o períodos que se construye al tener en cuenta el inicio y el fin de los métodos oficialmente empleados para resolver desde la esfera pública qué hacer con los residuos (concentrarlos en huecos y baldíos, quemarlos, incinerarlos, enterrarlos en rellenos sanitarios). Sin dejar de considerar esos cambios tecnológicos, los examina como un elemento más de la concepción social dada al trabajo y a los residuos, más que como su máxima expresión. En sus propias palabras

“la forma en que socialmente se ve a los clasificadores de residuos estaría dando cuenta, a su vez, de cambios profundos en los modos en que se piensa la cuestión de los desechos y, lo que nos interesa particularmente, en la forma en que se piensa en la actualidad la cuestión de la integración por la vía del trabajo” (pág. 17)

Dimarco también huye de una mirada esencialista y universal de los desechos y del trabajo (de lo contrario no hubiese podido problematizarlos), para poder constituir una perspectiva sobre objetos y sujetos que social e históricamente se ubican en espacios doblemente liminares y ambivalentes: una misma cosa puede ser basura y/o residuo tanto como una misma actividad puede concebirse en distintos momentos (o en el mismo momento por distintos sectores) como trabajo y su opuesto (no-trabajo, vagabundeo, mendicidad, delincuencia). Su planteo se enriquece cuando busca establecer paralelismos y disparidad entre las definiciones de “desecho” y “trabajo”. Desde cierta perspectiva, los desperdicios y quienes se dedican a sobrevivir con ellos tienen algo de socialmente inútil, son sobrantes, son marginales. La utilidad distingue residuos de basuras y trabajo de vagancia.

El derrotero se complejiza en cada período justamente por la convivencia de concepciones, por el hallazgo de documentos y discursos que matizan posiciones hegemónicas, ya que a veces argumentando razones estéticas, higiénicas y sanitarias existen enfoques que resaltan la suciedad y peligrosidad contaminante de las basuras, y otras veces esgrimiendo justificaciones económicas también se hacen presentes otras orientaciones que se caracterizan por destacar la riqueza y productividad de los residuos.

En efecto, acompañando un pujante proceso de urbanización en el que la medicina tenía cada vez mayor legitimidad, en las últimas décadas del siglo XIX toma forma y se consolida una noción que la autora denomina *concepción patógena* de los desechos. Las epidemias de cólera de 1867 y 1868, y sobre todo la fiebre amarilla de 1871 que ocasionó la muerte de casi el 8 % de la población de Buenos Aires de entonces, constituyen el hito que catapultó al higienismo como condición del progreso y la civilización. Así, la ciudad higiénica es condición de la ciudad moderna y esta perspectiva del desarrollo impregna las intervenciones públicas del momento (construcción de cloacas, instalación de agua potable, saneamiento en general). Dice la autora que

“Fue en ese marco de creciente preocupación por la higiene pública que los desechos dejaron de ser pensados únicamente en términos de incordio o problema estético para ser pensados en términos de peligro para la salud” (pág. 48).

Pero ahí mismo también tenía lugar una *concepción valorativa* de los desechos que promovía su aprovechamiento, inscripta de la mano del incipiente capitalismo vernáculo y del surgimiento del proceso de industrialización. Esta perspectiva era defendida también porque la concesión municipal a particulares privados del derecho a la extracción de lo útil y comercializable hallable entre las basuras, permitía al erario costear el servicio de limpieza e incluso quedarse con excedentes.

La tensión entre ambas concepciones se terminará zanjando al inicio del siglo XX a favor de la concepción patógena, que terminó por imponer la eliminación total de los desechos mediante su incineración en usinas como método oficial para resolver el problema de los residuos. En aquel contexto, los clasificadores de residuos, que años antes habían sido objeto de una multiplicidad de miradas tanto por su oficio como por sus condiciones de vida (notas en medios gráficos, crónicas de visitantes extranjeros, informes municipales, obras de teatro) también fueron quedando al margen de las preocupaciones públicas. Aunque su actividad y su presencia en calles o vaciaderos nunca desaparecieron, se irá consolidando una imagen sobre la figura de los clasificadores de residuos que ligaba su tarea a la vagancia, a la marginalidad voluntaria como modo de vida, y a su práctica como no-trabajo, como algo socialmente reprochable. Esta interpretación de la actividad quedará condensada en el término “cirujas” y será una categoría que recorrerá gran parte del siglo XX.

De la mano del incremento cuantitativo de esta población, primero como resultado del aumento en los índices de desempleo y los niveles de pobreza durante la segunda mitad de la década del 90', y más tarde por el crecimiento de la demanda industrial de los reciclables nacionales como consecuencia de la crisis del 2001 y la devaluación de 2002, Dimarco argumenta que se produce una redefinición de las interpretaciones sociales sobre la relación entre residuos y trabajo, donde junto al cambio de nombre, la figura del “cartonero” pasa de los márgenes al centro de la atención social, interpelando los modos como hasta entonces se vino dando la intervención estatal sobre su práctica.

Mientras que ciruja era la figura asociada a la vagancia y a la marginalidad voluntaria con respecto al mundo de trabajo (responsabilidad individual), los cartoneros son contemplados en términos de la exclusión forzada del mercado laboral (responsabilidad social). Y además, con su tarea generan una mercancía y contribuyen al cuidado ambiental (utilidad social). Precisamente, es la articulación y convergencia de estos tres aspectos: la clasificación de residuos como actividad informal, la falta de trabajo asalariado y la gestión pública de los residuos desde una concepción ecológica, lo que imprime a la cuestión cartonera su impronta local contemporánea. Esos tres aspectos habían sido contemplados en el desarrollo socio-histórico de la relación residuos-trabajo, pero se trataba de elementos autónomos o incompatibles, bien porque su asociación resultaba invisible, bien porque era reprimible.

Dimarco ilustra magistralmente esta desconexión con los debates parlamentarios de una misma sesión legislativa que tuvo lugar en la Ciudad de Buenos Aires en abril del año 2001:

“ese mismo día se discutió *por un lado* el problema de los clasificadores sin hacerse mención alguna a la cuestión del servicio urbano de recolección y, *por otro*, la cuestión de la recolección de residuos sin mencionarse a los cartoneros. Ninguno de los diputados presentes vinculó ambas cuestiones” (pág. 309).

Es precisamente en el encuentro de estas tres problemáticas donde la autora encuentra que emerge la nueva figura del recuperador urbano, bajo la idea de que los desechos pueden dar lugar al trabajo. Tan radical es la transformación de la percepción en torno al problema de los cartoneros, que los mismos diputados sancionan un año y medio más tarde, la Ley 992 que establece que “El Poder Ejecutivo incorpora a los recuperadores de residuos reciclables a la recolección diferenciada en el servicio de higiene urbana vigente”. En palabras de Dimarco:

“mientras que en la sesión de 2001 los diputados no veían ningún valor o elemento positivo en esa actividad, sólo un problema a eliminar, en el segundo debate se la proponía como un servicio público, de interés general, integrado al Servicio de Higiene Urbana de la Ciudad; es decir, una actividad con un *valor social*. Por otra parte, mientras que en el primer caso se hablaba de quienes se ocupaban de ella como *mendigos* o *delincuentes* (una ‘corruptela’), en el segundo se los posiciona como *promotores ambientales* o, como planteó con cierta exageración un diputado durante el debate, como ‘los gurúes argentinos del medio ambiente [que] nos han enseñado a reciclar’”. (pág. 13 y 14)

Con la sanción de esa Ley se crea en el ámbito del Poder Ejecutivo de la Ciudad el Programa de Recuperadores Urbanos (PRU), que será el nombre de la política pública a través de cual dicha Ley será implementada. Resulta interesante apreciar como la autora analiza el perfil de las actuaciones del PRU en torno a la figura de un cartonero “ideal”, dispuesto a movilizarse activamente en defensa de su actividad, cuando en realidad la intervención gubernamental había sido legitimada socialmente por tratarse de una población fundamentalmente compuesta por trabajadores formales que habían perdido su empleo, sin intenciones de estabilizarse o mejorar en tanto que recuperadores. Y como

“Una tensión similar, por otra parte, puede observarse en los mismos clasificadores de residuos, entre una necesidad de organizarse para obtener mejoras en la actividad (incluso si no era la actividad que hubiesen deseado), conseguir mejores condiciones de trabajo y tener el reconocimiento simbólico de ser vistos como ‘trabajadores’ o, por el contrario, presentarse como ‘desocupados’ que estaban realizando una changa transitoria y esperaban conseguir un ‘verdadero’ trabajo con el menor involucramiento posible en la actividad” (pág. 331).

Puesto que la clasificación domiciliaria por parte de los vecinos, tanto por razones ambientales como por sensibilidad social, constituían también un elemento central de la implementación de la política favorable a la inclusión de los cartoneros, la tesis concluye indagando sobre la relación entre el PRU, los cartoneros y los vecinos en un barrio de la CABA. Ello le permite advertir que el énfasis barrial y descentralizado de las intervenciones puede provocar que los cartoneros sean vistos como un elemento extraño y peligroso, reeditando viejas pujas de sentido, antiguas y nuevas tensiones entre el trabajo y la basura en Buenos Aires.

En resumen, la tesis de Sabina Dimarco no busca ir detrás del origen de un particular tipo de prácticas como la clasificación informal de los residuos; ya se dieron ese tipo de propósitos otros estudios que cuestionaron el carácter de novedad con que se tiñó a principios del siglo XXI la irrupción del cartoneo en el escenario urbano porteño. El gran aporte de su detallado acercamiento socio-histórico consiste en contextualizar las controvertidas apreciaciones sociales que sobre dicha

práctica se fueron sucediendo desde 1870 al 2005, y vincularlas con las ideas sobre el mundo del trabajo y las basuras predominantes de cada momento.